

Cien años después. Nietzsche con rostro humano*

B. Salem Himmich

Resumen

A cien años de su muerte, el pensamiento y la obra de Nietzsche siguen interpeándonos y estimulándonos. ¿Pero es verdaderamente recuperable Nietzsche para una cultura y una sociedad democráticas? Tras examinar algunos de los aspectos más tópicos de las lecturas antidemocráticas de su obra, y aunque no escape en modo alguno a toda crítica, se contesta afirmativamente a la vista de las nociones de crítica, perspectivismo, vitalismo, etc. Ello permite recuperar un Nietzsche con rostro humano.

Palabras clave: Nietzsche, totalitarismo, democracia, vida, voluntad de poder, nazismo, Wagner.

Abstract. *A hundred years later. Nietzsche with a human face*

After one hundred years of his death, the ideas and the work of Nietzsche continue appealing and stimulating us. But is Nietzsche really compatible with a democratic culture and society? Some of the most commune topics of the antidemocratic lectures of his work are examined in this paper in order to offer a positive answer to this question. Of course Nietzsche is not free of criticisms, but taking note of his notions of criticism, perspectivism, vitalism, etc., becomes possible to retrieve a Nietzsche with human face.

Key words: Nietzsche, totalitarianism, democracy, life, will of power, nazism, Wagner.

Sumario

Pensar a golpes de martillo	En modo alguno por encima
Nietzsche el irrecuperable	de toda crítica

Mal se paga a un maestro permaneciendo siempre como discípulo.
¿Y por qué no quieres deshojar mi corona?

Así hablaba Zarathustra

Tengo un terror pánico a ser un día canonizado

Ecce Homo

* Traducción de Gerard Vilar.

¿Es posible poner el pensamiento de Nietzsche al abrigo de toda aspiración o recuperación totalitaria?

En el interior de la obra nietzscheana, muchos elementos y fragmentos abogan por una respuesta afirmativa. ¿Cuáles son?

1. Aquello que él mismo dice y que tacha de nulidad filosófica y semántica toda puesta en forma sistemática de su pensamiento (nietzscheanismo): «Desconfío de todos los hacedores de sistemas y me aparto de su camino. El espíritu de sistema es una falta de probidad». ¹ Esos constructores (Platón, Kant y Hegel entre otros) administran una negación del perspectivismo como modo de ser y de expresión de toda vía única y personificada. Pesadamente dogmático, incluso fanático, el espíritu de sistema no puede más que casar mal con la filosofía tal como la concibe y la experimenta Nietzsche: «investigación de todo aquello que en la existencia desnaturaliza y pone en cuestión, todo aquello que hasta ahora ha sido prohibido por la moral». ² Es por esta razón que Nietzsche rinde homenaje a Schopenhauer antes de fustigar su conformismo frente al que prefiere de lejos el lenguaje afirmativo y vital de Dionisos. Porque la vida es, según él, «instinto de crecimiento, de duración, de acumulación de fuerzas, de poder: ahí donde está ausente la voluntad de poder, hay decadencia». ³

Pensar a golpes de martillo

Otra propiedad de la filosofía en Nietzsche consiste en lo que se puede denominar su terrenalidad, que no deja de recordar la *Lebenswelt* en Husserl o el «suelo natal» en Heidegger. Hay en nuestro filósofo algo así como una voluntad de terminar con el mundo metafísico de los teólogos y de los criptocristianos (Kant, por ejemplo), así como con lo infinitamente grande como hipoteca cósmica. Porque hacer continuamente caso del hecho de que la tierra es un simple punto en el sistema solar y que éste no es a su vez más que un conjunto en los innumerables sistemas de galaxias, es hacer un uso fuera de contexto de la astronomía, tal como Nietzsche se lo reprocha a Kant, quien decía de ésta que destruía su importancia. Contrariamente, pues, a Pascal, el silencio de los espacios infinitos no parece asustar ni intimidar a Zaratustra, el habitante de los hielos y las cimas, quien, predicando la soberanía de la tierra, ve en ella el sentido de lo sobrehumano y se dirige así a los terrenales: «Os conjuro a permanecer fieles a la tierra». ⁴

La filosofía, en fin, es también una filosofía histórica, en la medida en que se interesa por la historia útil para la vida y, pues, en el sentido histórico y en la dimensión del devenir a los que es alérgica toda *philosophia perennis*, parti-

1. *Crepuscle des Idoles*, en *Oeuvres Complètes*, Paris: Gallimard, 1974, p. 65.

2. *Ecce Homo*, ídem, p. 240.

3. *El Anticristo*, ídem, p. 164.

4. *Ainsi parlait Zarathoustra*, Livre de Poche, 1982, p. 8.

daria testaruda de la sabiduría fatigada y momificante y de la *veritas aeterni*. Ello lleva además a Nietzsche, más allá de la idiosincrasia de los filósofos, a pensar que el arte tiene más valor que la verdad. Porque «el arte, dice, acerca más a lo real, a lo que deviene, a la vida que lo verdadero, fijado y osificado».⁵ De ahí que el filósofo auténtico, a los ojos de Nietzsche, es el «buen asiduo de los bajos fondos», el que se implica existencialmente en las preguntas límite que se plantea y las respuestas personales que aporta. Está solo, no aprende más que para crear, no describe las cosas más que para decir lo que deben (o deberían) ser, lejos a la vez tanto de los nihilistas y de los pensadores del absurdo como de los eruditos, esos espíritus «estériles». Su método de aproximación a las palabras y a las cosas pretende ser un arte de interpretar y de evaluar en un triple plano tipológico, diferencial y genealógico. Buscando tomar las cosas por sus raíces, ese método plantea constantemente la pregunta del quién (habla, quiere) y del qué (dice y quiere).

Si hay otra marca suplementaria de la idea de no-sistema en el pensamiento de Nietzsche, es la afirmación ya citada en el exergo, que muestra hasta qué punto ese pensador solitario rechazaba tener discípulos, y no aceptaba más que oyentes lectores libres, vinculados a él por algunas afinidades electivas.

2. La concepción nietzscheana de la filosofía como pensamiento «a golpes de martillo» sirve también a nuestra concepción argumental que se traduce en su producción por la puesta en práctica intensiva de la escritura aforística o por fragmentos (que no está motivado sólo por su mala salud). Consciente de sus extraordinarios dones, Nietzsche piensa que es el primer alemán que se ha convertido en maestro en dicha materia.

Aphorismos en griego quiere decir un pensamiento enunciado con pocas palabras y mucho sentido. Reconociéndose en este plano un parentesco con Pascal, del que dice que su sangre corre por la suya, Nietzsche afirma por la voz de Zaratustra: «Quien escribe con su sangre y en aforismos no quiere ser leído, sino ser aprendido de memoria» (p. 50). Y siendo su discurso el de las cimas, exige oyentes grandes y distinguidos. Así, el espíritu de gravedad contra el que Zaratustra se subleva no puede significar más que el espíritu de sistema cuya tiranía y pesadez pueden ser también puestos fuera de juego por la danza y las solicitudes de aire de aligeramiento. El aforismo, ciertamente, al no venir de nada, tiene su génesis en una idea tomada primero al vuelo y después fijada en las primeras palabras que vienen, y finalmente trabajada y modificada con el arte que le es propio. A veces Nietzsche lo exhala como un suspiro, constatando que la lengua permanece en el más acá del fulgor de la idea y de su vitalidad desbordante. Por último, el aforismo, al ser en sí una pequeña obra maestra inacabada, parca en palabras y rica en sentido, su escritura corre el riesgo de plantear dificultades por lo que respecta a su recepción y descifrado. Así que su lectura exige un arte de la interpretación asiduo y apropiado.

Apoyándose en un método genealógico antisistemático y, por tanto, deconstructivo y crítico, el pensamiento de Nietzsche recurrió a nociones y conceptos que no lo son menos: *Leben* ('vida'), *Plastische Kraft* ('fuerza plástica'), *Blitz* ('rayo'), *Bejahung-Schöpfung* ('afirmación-creación'), *Vergessen* ('olvido vital y activo'), *Chaos*, etc. Este último concepto, lejos de significar una *anarkeia* salvaje, recubre para Nietzsche una realidad (flujo universal, riqueza irreductible, según Heidegger) a la cual siempre buscó conferir no un orden sistemático, sino una *Gestalt*, una forma que pueda «dar nacimiento a una estrella danzarina».⁶

3. Para nuestra argumentación es muy útil evocar la historia del desencuentro de Nietzsche con Richard Wagner, uno de los padres espirituales del totalitarismo nazi, y ello como preludeo a un examen de su oposición al Estado prusiano y más generalmente al pangermanismo de su entorno.

3.1. Vinculado en amistad en 1869 con Wagner y su mujer Cósima, Nietzsche dedicará su *Nacimiento de la tragedia* (aparecido en 1872) a su «venerado amigo». Hasta entonces el filósofo confesaba un culto a Wagner que «se metía [todavía] en música». Pero desde 1874 y más aún en 1876 en el festival de Bayreuth, a la admiración le sucedió un rechazo profundo y coriáceo. En esa última fecha Nietzsche hizo la experiencia «fisiológica» de que las óperas wagnerianas atacan los nervios, son una arenga de las masas que sacrifica la belleza y la melodía en el altar del exhibicionismo teatral y la demolatría. El Wagner de Bayreuth, «pesado y masivo», se ha convertido, confiesa, en «una de mis enfermedades». Acercándole a otro gran filósofo sistemático, Hegel, pronuncia una sentencia lapidaria sobre Wagner (o «la Idea convertida en música») y su llamada: «¿Qué nos canta, a nosotros, la exasperante brutalidad de la obertura del *Tannhäuser*? ¿O todo el circo de la Walkyria [...] La obertura de *El buque fantasma* es mucho ruido... para el viento!».⁷ Por lo que respecta a la última ópera, *Parsifal*, de un Wagner envejecido y deprimido, Nietzsche dice que «es una obra pérfida, una venganza inicua, que envenena en secreto las fuentes de la vida...»⁸

La violencia de los juicios de Nietzsche sobre la música de su antiguo amigo venerado ¿son los de un melómano indignado y decepcionado en sus gustos y en su elección musical? Sea cual sea nuestra respuesta, debemos tener presente otro juicio de Nietzsche, de un abasto político-ideológico inequívoco: «¿Lo que nunca he perdonado a Wagner?», se pregunta. «Haberse rebajado al nivel de los alemanes, haberse convertido en un alemán del Reich».⁹ Y aún: «Es profundamente significativo que el advenimiento de Wagner haya coincidido con el del Reich...»¹⁰ Y es para escapar al tugurio musical de su viejo

6. *Zarathoustra*, p. 14.

7. *Le cas Wagner*, en *Oeuvres Complètes*, op. cit., p. 35.

8. *Nietzsche contre Wagner*, ídem, p. 364.

9. *Ecce Homo*, ídem, p. 267-268.

10. *Le cas Wagner*, ídem, p. 22.

maestro, pervertido por el pangermanismo rampante, que Nietzsche hará su proclama de aire fresco y de curación en la sensibilidad meridional encarnado por la ópera *Carmen*, cuyo autor, Georges Bizet, le hace, sostiene, «mejor y fecundo».¹¹ Además, el paradigma del Sur o de Oriente estará cada vez más presente en su pensamiento, a través al menos de tres elementos: la figura de Zaratustra que bautizará como Dionisos; la idea nietzscheana de que la filosofía griega sería «la primera gran síntesis de todo lo oriental»; la simpatía del filósofo por la ley de Mahoma que como el Antiguo Testamento es, a sus ojos, una religión no decadente, viril y afirmativa, de donde viene su admiración por la civilización musulmana de España, aristocrática, sensual y refinada (*L'Anthéchrist*, p. 231).

Nietzsche el irrecuperable

3.2. Abogando, pues, contra la idea de sistema allí donde gobierne y reine, Nietzsche no podía más que llevar una lucha frontal contra todos los sistemas sociopolíticos de su tiempo. Al no haber pruebas escritas de que hubiera leído a Marx, hay que precisar que cuando habla de «la canalla socialista» ataca principalmente al nacional-socialismo alemán, que defiende un despotismo culpable de delitos mayores, «la aniquilación del individuo», aún peor, «el sometimiento completo de todos los ciudadanos al Estado Absoluto».¹² En cuanto a la democracia moderna «incluyendo sus simulacros como el Reich alemán», Nietzsche la considera «como una forma de degeneración del Estado». Tampoco el liberalismo, que para él significa el «aborregamiento gregario», merece la gracia a sus ojos. «Sus instituciones, observa, convierten en mezquino, miserable y gozador...»¹³ No hay que sorprenderse demasiado de estas últimas posiciones incisivas y tal vez sumarias si se recuerda que Nietzsche es uno de los raros filósofos alemanes que no han confesado, contrariamente a Kant, Goethe y Hegel, ninguna admiración particular por la Revolución Francesa de 1789.

Todas estas posiciones conjugadas llevaban a Nietzsche a preconizar, de modo premonitorio, «el menor Estado posible», a posicionarse contra la concepción hegeliana absolutista del Estado y a manifestar una antipatía feroz ante la verdad (vanidad) prusiana, encarnada en el Estado «el más frío de los monstruos fríos» (*Zarathoustra*, p. 63).

Es cierto que los ideólogos nazis como Bertram y Bäumler, beneficiándose de la complicidad activa e interesada de la hermana de Nietzsche, Elisabeth Förster, han sometido a interpretaciones empobrecedoras y malévolas los pasajes del *Zarathoustra* y una obra inacabada y póstuma del filósofo, *La voluntad de poder* (publicada por su hermana y considerada a título justo por dos de los mejores especialistas en sus textos, G. Colli y M. Montinari, como un no libro). Incluso el filósofo húngaro G. Lukács se dejó confundir publicando su

11. *L'Anthéchrist*, ídem, p. 227.

12. Ibídem y *Humain, trop humain*, Livre de Poche, París, 1995, p. 304-305.

13. *Crépuscule des Idoles*, op. cit., p. 133.

«De Nietzsche a Hitler», un trabajo aparte de su obra *El asalto a la razón*. No obstante, todas esas falsificaciones no se sostienen ante las posiciones políticas de Nietzsche y los significados profundos de su teoría de la voluntad de poder y del eterno retorno. Señalemos algunas recordando de paso que el filósofo en vida siempre detestó a su hermana («una canalla», dice) y su marido («un imbécil racista»).

3.3. Su condena de la guerra alemana contra Francia en 1870-1871 (en la que fue movilizado como enfermero voluntario): esta posición deriva además de su antigermanismo declarado continuamente sincera y abiertamente. Sus diatribas en esta materia son demasiado conocidas para ser recordadas aquí. Digamos solamente que revelan esencialmente su feroz hostilidad al nacionalismo que él califica de «neurosis», de la que Europa lleva los estigmas mórbidos a través de sus fragmentaciones políticas y culturales. A los alemanes que a sus ojos sufren una «debilidad de la personalidad»¹⁴, les reprocha el burdo palurdismo y crímenes contra la cultura. Del segundo Reich dice que «tiene más necesidad de enemigos que de amigos»¹⁵, y su himno «Deutschland, Deutschland über alles» es «un principio energético pero limitado».¹⁶ Otro efecto nocivo de la influencia alemana (curioso, hay que decir) es «el envenenamiento de Europa por el alcohol, que hasta el presente ha ido de la mano con la hegemonía política y racial de los germanos».¹⁷ En fin, en una fórmula lapidaria escribe: «Esos alemanes son, lo proclamo, mis enemigos personales» (*L'Antéchrist*, p. 233). Por lo demás, Nietzsche decía que era polaco desde 1869 y terminó por renunciar a su nacionalidad prusiana y vivir hasta su muerte como apátrida.

3.4. El antigermanismo de Nietzsche se encuentra reforzado y también justificado por su antiantisemitismo, que lo hace irrevocablemente rebelde a toda recuperación nazi. Es por ello que, además, los grandes escritores antihitlerianos como Thomas Mann y Hermann Hesse reivindicaban su pensamiento. El antisemitismo lo rechazaba en Wagner así como en Ernest Renan, «ese espíritu enervante». Y por ello, como escribe en un texto decisivo: «No me gustan esos numerosos especuladores en idealismo, los antisemitas, que se hacen los cristianos, arios, buena gente, y que buscan excitar todo lo que de bestias cornudas hay en el pueblo».¹⁸ Si Nietzsche simpatizó con Guillermo II al principio de su reinado es porque ese joven *Kaiser* «se ha resistido enérgicamente a la presión del antisemitismo y a la *Kreuzzeitung*» (órgano racista de la extrema derecha).¹⁹

14. *Considérations inactuelles*, París: Aubier Montaigne, 1964, p. 261.

15. *Crépuscule des Idoles*, op. cit., p. 84.

16. *La généalogie de la morale*, París: Gallimard, 1971, p. 190.

17. *Ibidem*, p. 172.

18. *La généalogie de la morale*, París: Gallimard, 1971, p. 190.

19. Dr. E.F. PODACH, *L'effondrement de Nietzsche*, París: Gallimard, 1931, p. 80.

Nuestro filósofo no podía sino vilipendiar a los antisemitas, dado que es entre ellos que «floreció lo mejor», según su expresión, esa mala hierba que combatió durante su vida: el resentimiento y el espíritu de revancha. Incluso durante su hundimiento le escribe a su amigo Overbeck (el 7 de enero de 1889): «Haría fusilar al instante a todos los antisemitas.» En fin, no hay más que leer en la *Gaya ciencia* algunos fragmentos para convencerse del rostro humano de Nietzsche y constatar que es radicalmente irrecuperable por toda ideología racista y fascistizante, presente o futura. Aquí hay una muestra (Aforismos: 272 a 275):

¿Qué amas en los demás? — Mis esperanzas.
 ¿A qué llamas malo? — Al que quiere siempre avergonzar.
 ¿Qué encuentras más humano? — Ahorrar la vergüenza a alguien.
 ¿Cuál es la señal de la libertad realizada? — Ya no enrojarse.

3.5. Sobre la significación real de la voluntad de poder, al menos en tanto que concepto (porque el libro que lleva ese título es, como hemos señalado, bastante problemático y también podía titularse según el autor *La inocencia de la eternidad*), no se hará nunca bastante hincapié en que la preposición *zur* en *Wille zur Macht* significa más bien *hacia* el *Übermensch* o superhombre, y, por tanto, es un trabajo continuo sobre sí por sí mismo y contra las deficiencias propias y no contra los demás. ¡No ha insistido siempre Nietzsche sobre el hecho de que sus libros relatan la historia de sus rebasamientos y sus curaciones! Voluntad de poder es, pues, un movimiento ininterrumpido de conservación y de intensificación de la voluntad para superar todos los lastres nihilistas reactivos, todas las ideas que conducen a la resignación y a la decadencia. Por tanto, asimilarlo a la búsqueda del poder político en vistas a la dominación (*Herrschaft*) es traicionar el espíritu del concepto, ya que la dominación es, según Nietzsche, «causa del perecimiento del alma alemana». Quienes imponen dicha asimilación reductora pasan por alto numerosos textos del filósofo, entre ellos «La superación de sí» y «Los tres males» de *Así hablaba Zaratustra*. Uno de esos males, por ejemplo, es el apetito de dominación (*Herrschaftsucht*) que no puede funcionar y perdurar más que por el ejercicio de la violencia (*Gewalt*). «Deseo de dominar, dice Zaratustra, pero ¿quién podría llamar a eso un deseo!» En su autobiografía intelectual *Ecce Homo*, Nietzsche confiesa «Es en vano buscar en mí el menor rastro de fanatismo...» (p. 274).

En los nihilistas, la voluntad existe pero en tanto que voluntad de negación, y el poder querido es el de la dominación y el mando, dicho en negativo. Por el contrario, para Nietzsche querer la voluntad es lo que se hace y se afirma en la entrega y la alegría. Por consiguiente, todo lo que comúnmente se entiende por guerra, lucha, rivalidades es incompatible con el concepto nietzscheano de la voluntad de poder, porque se trata de estados reactivos y no creadores de valores. Es por ello, además, que nuestro filósofo nunca se ha tomado demasiado en serio a Darwin, quien, por otra parte, habla confusamente de la lucha y la selección y no presta atención alguna al hecho de que el

triumfo puede ser el destino de los débiles, porque son más numerosos, «más inteligentes» y «tienen además espíritu» [*sic*].²⁰

Por lo que al eterno retorno se refiere (*Wiederkunft des Gleichen*), se funda en el ser en devenir, pero en la medida en que ese devenir es activo y creativo, un devenir liberado del resentimiento, de la mala consciencia y del lastre de lo negativo, un devenir que el hombre que quiere ser supremo sólo puede comprometer y soportar su grave carga en la alegría y la felicidad del círculo del retorno de lo mismo.

En modo alguno por encima de toda crítica

Teórico y práctico sin par de la crítica y de la polémica, cuyos blancos fueron entre otros los sistemas, los ídolos y el espíritu de escuela, todo predisponía a Nietzsche a no sucumbir a algún dogmatismo resistente a las críticas que revelarían aquí y allá algunas ambigüedades y contradicciones en su pensamiento. Además, conoció durante su vida y vivió en propias carnes el drama de la adversidad y del desmoronamiento. ¿No consideró la sífilis, además del alcohol, como causa del *spleen* europeo? ¿Qué cruel ironía del destino, ya que parece que muy probablemente murió por esa causa!

Ambigüedades y contradicciones, veamos aquí unas cuantas: altivo, despreciativo y despiadado, esa imagen que justificadamente podemos extraer de los textos del filósofo (y que sublevaban a un Burckhardt) puede ser también revisada a la baja o relativizada a la vista de un Nietzsche apiadándose en Turín de la suerte de un caballo martirizado por un cochero. Hecho que se remonta ciertamente al ocaso de su vida, pero que rima con lo que dice el autor de *Ecce Homo*, entonces en plena salud mental: «Todavía hoy tengo la misma afabilidad hacia el mundo, incluso sé tratar con distinción al más humilde: en todo ello no hay el menor rastro de arrogancia, de desprecio disimulado» (p. 274-275).

Más aún, en algunos pasos de su pensamiento, como en un gran texto como *La genealogía de la moral*, uno puede sentir repulsión fisiológica (como le pasó a él con Wagner) por las afirmaciones sobre la democracia, el socialismo, el liberalismo, la mujer o el progreso como resultado de «la humanidad sacrificada en beneficio de una sola especie de hombres más fuertes». ²¹ En este caso, hay que buscar introducir elementos matizadores o enmiendas, en vista de otros textos más llamativos o incluso de carácter autocrítico.

Por ejemplo, en su tipología de los decadentes se incluye a mucha gente: los enfermos, los débiles, las mujeres (que son la mitad de la humanidad). Mundo decadente con todo su cortejo de elementos mórbidos de la civilización. «La algarabía social», el igualitarismo embustero, «el encanallamiento» rampante y «la *mediocritas* al asalto del espíritu», etc. Todo ello se encuentra

20. *Crépuscule des Idoles*, op. cit., 116-117.

21. *La généalogie de la morale*, op. cit., p. 86.

efectivamente consignado en el libro póstumo de Nietzsche, *La voluntad de poder*; sin embargo, hay que observar que hay fragmentos que fueron vilmente recompuestos por una mano maléfica e interesada, la de su hermana y sus acólitos. Porque en esa misma obra, y sobre todo en aquéllas de las que Nietzsche reivindicó su paternidad, se pueden leer pensamientos sorprendentes que desestabilizan o le dan la vuelta a esos pasajes ambiguos y tendenciosos. Sólo citaremos dos a modo de ilustración:

— *Que la debilidad es superable*

«El advenimiento de una doctrina que tamiza a los hombres [...] que empuja a los débiles a resoluciones y otro tanto a los fuertes». ²² Hay en este pensamiento como una invitación intempestiva a la relectura de la historia de los pobres y los desheredados (y de las mujeres): la historia de su evolución hacia la debilidad... Porque ésta tiene una genealogía, como la religión y la moral tienen la suya... ¿Entenderemos a Nietzsche lo suficiente en este punto, tanto más cuanto que todo su pensamiento se apoya en la idea fundadora de que el hombre es algo que debe ser superado?

— *La justicia como valor tardíamente pensado*

«Tardíamente he llegado a poder descubrir lo que, hablando en propiedad, me faltaba aún completamente: a saber, la justicia. ¿Qué es la justicia? ¿Es posible? Y si no ha de serlo, ¿cómo habría de ser soportable la vida?» —«He aquí lo que me preguntaba sin cesar—. Estaba profundamente angustiado por no hallar allí donde me detenía en mí mismo más que pasiones, perspectivas desde un ángulo determinado, la irreflexión de todo lo que de entrada se halla privado de las condiciones previas a la justicia: pero, ¿dónde se ha producido la reflexión? —la reflexión a partir de una vasta perspicacia». ²³

Por lo que respecta al discurso nietzscheano sobre la mujer, ciertamente misógino y machista desde todos los puntos de vista, es a mi entender susceptible de un psicoanálisis que sacaría a la luz las relaciones dramáticas del filósofo con su madre y su hermana (objeto de su desprecio), por una parte, y con Lou Andreas Salomé (con la que tuvo una aventura amorosa corta y dolorosa), por otra. De ahí sus visitas frecuentes a los burdeles, donde la mujer se ve reducida a un objeto de placer; de ahí también su sublimación feminizante de la eternidad, la única de la que deseó tener hijos.

Por lo demás, pueden plantearse objeciones ante otras concepciones nietzscheanas. Por ejemplo, su cosmología presenta el mundo como no creado, sin principio ni fin, «un monstruo de fuerza que se alimenta de sus excrementos» y que tiene como frontera la nada ²⁴, etc. ¿Pero de dónde saca Nietzsche la base de esta cosmología? Una pregunta que no puede tener realmente una res-

22. Citado por HEIDEGGER en su *Nietzsche*, París: Gallimard, 1971, vol. II, p. 250.

23. *Ibidem*, p. 264.

24. *La volonté de puissance*, París: Le Livre de Poche, 1994, p. 431-432.

puesta... Otro ejemplo: Nietzsche no piensa suficientemente la salud y la belleza en el tiempo, es decir, expuestas inexorablemente a los efectos del deterioro del paso del tiempo... La novedad misma, concepto mayor y demanda reiterada en Nietzsche, ¿no tiene una curva y una esperanza de vida? ¿Si «el hombre es algo que debe ser superado», la finitud, el trabajo de lo negativo, no escapan inevitablemente a ese proyecto voluntarista e inclusivo? Dicho con otras palabras, la columna casi ausente en el pensamiento de Nietzsche se llama la muerte como derrota última del ser o el «Sein zum Tode», cuya tarea, como sería dimensión a pensar, incumbirá a Martin Heidegger.

Al tratarse, en fin, de la cuestión capital de la subversión de perspectivas y de la inversión de valores sobre la que Nietzsche cree tener dominio, las críticas de Heidegger nos parecen *grosso modo* dignas de atención. Dichas operaciones, según éste último, «tienden a veces a la manía consciente, si no al mal gusto». Esta crítica asimilará incluso la inversión nietzscheana con una negación que, al suprimir el orden de valores establecido, no se presenta como una condición suficiente para la creación de nuevos valores. Además, Heidegger le reprocha a Nietzsche que se apoyara en la psicología y en la biología, que llevan un prejuicio a su pensamiento, tanto más cuanto que nuestro filósofo afirma lo siguiente: «Que se me permita decir aquí que el hombre de ciencia es algo radicalmente distinto del filósofo.»²⁵

Un siglo después de la muerte de Nietzsche, podemos constatar que a títulos diversos seguimos interpelados por su pensamiento inquieto, vigorizante y profundo. Numerosos fragmentos y capítulos de su obra revisten todavía una actualidad filosófica ardiente y se inscriben en una perspectiva, en movimiento tanto si están íntimamente unidos a la crítica de la modernidad en despliegue, o posmodernidad, de la que él fue sin duda, con Marx y Freud, uno de los pensadores fundadores. Que otras ideas en su filosofía nos hayan parecido expeditivas o contradictorias es un signo que prueba que esta filosofía hecha «a golpes de martillo», que dice sí a la vida en movimiento, dice no al sistema fríamente coherente, sea político-ideológico sea filosófico, es decir, no al dogmatismo fanático, fuente de exclusiones y de reducciones empobrecedoras y destructivas.

25. Heidegger, *op. cit.*, vol. I, p. 13.